

«Lo volvería a hacer», dijo Tejero para ocultar el hecho de haber negado que él hiciera todo aquello que todos vimos que hizo. «Siento no haber participado más activamente en el golpe», dijo Carrés, el único procesado representante de la oscura trama civil, después de haber negado que participara en lo que con tanta admiración defiende. Y cuando el fiscal le pregunta por qué aparece él tantas veces citado en las declaraciones de los acusados que, a su vez, le acusan, dice, al mismo tiempo nadando y guardando la ropa: «Eso es el destino, mi general».

La apología del delito no parece un delito muy grave. Sólo sirve para que, cuando un periodista la denuncia, sea expulsado de la sala. Le sucedió a Miguel Angel Aguilar, sólo por haber hecho una glosa a media voz a los comentarios apologéticos de un defensor. En cierto momento, el juicio del golpe se convierte en el juicio a la democracia y, concretamente, en el juicio a la prensa. Al director de «Diario-16», Pedro Jota Ramirez, aún no le ha sido devuelta la credencial que le fue retirada después del famoso plante de los defensores ante el, digamos, indulgente juez.

«Si no llega a ser porque tenemos un vídeo, nos acusan de habernos inventado el golpe», dice un periodista. «¿Te imaginas?», comenta otro. «De no haber sido por la televisión y la radio, habría resultado que la toma del Parlamento fue pura invención o, incluso, que fuimos nosotros, los periodistas, los que tomamos el Congreso atropellando y humillando a Tejero y los suyos, que estaban allí cumpliendo con su deber».

En el Servicio Geográfico del Ejército se está poniendo en cuestión, en las acusaciones mutuas de los acusados, en las mentiras como puños, en los planteos y en las pataletas de la defensa toda una concepción del mundo, todo el viejo edificio del «honor» del que no queda más que el gesto vano y huero, la triste bravata testicular que sigue al vergonzoso renunciar. Pretenden hacernos confundir al todo con la parte que trata de comprometer al todo para salvarse, al Ejército con este microclima o ecosistema golpista que, por mucho que chille para convencernos de que representa a la institución militar, no deja de ser residual.

La lección del juicio del 23-F es el intento de unos golpistas de pasar por valientes cuando ni para golpistas valen, el último intento de unos golpistas que dicen sentir asco ante los militares constitucionales, pero que, sin saberlo, quizá han comenzado a sentir asco de sí mismos. ■ L.C.

EL FIN DE LO POLITICO O LA ERA DE LOS SIMULACROS

GERARD IMBERT

Este artículo intenta resumir una serie de reflexiones en torno a los simulacros de masas. Parte de un análisis comparado del 23-F y de la ocupación del Banco Central de Barcelona, el 23 de mayo de 1981, en el que se analizaba las estrategias de la simulación y la refracción semiótica del acontecimiento en la Prensa diaria (*El País* y *Diario 16*). Forma parte de una investigación en curso de elaboración sobre los discursos sociales de la Transición (discursos del cambio y de la continuidad). No se trata aquí de juzgar un proceso histórico sino de adelantar unas hipótesis interpretativas de tipo socio-semiótico.

Si los inicios de la llamada Transición española permitieron el resurgir de los lenguajes políticos y la renovación profunda de los diferentes discursos sociales, anunciaban por otra parte «el fin de lo político» mediante una hipertrofia de signos que se iba a plasmar en una verdadera polución del universo más mediático. Lo que en las elecciones del 77 habíamos calificado como «consenso lexical» (1) se convertiría muy pronto en dilución de las ideologías políticas con fenómenos de recuperación/inversión de signos («polémica» en torno a la bandera nacional, «Viva España» de algunos líderes de izquierdas... como formalización simbólica de esta dilución (2). En el intervalo, una avalancha de elecciones, referendos, consultas autonómicas saturaron el espacio político resolviéndose en una especie de «potlatch» semiótico. A la ocupación de la calle por la izquierda en el 76-77 responde el derrumbamiento del militarismo en el 80-81, la crisis de los partidos «amenazados» por organizaciones para-políticas (clubes, fundaciones, «partidos bisagra...»), y la ocupación del espacio público por los ultras que culmina con los acontecimientos de febrero-junio de 1981. Esto, añadido al proceso de degrada-

ción del discurso electoralista, conduce a una muerte del lenguaje político en el orden de las prácticas, que ilustra, a nivel de fenómenos de masas, el tan cacareado Desencanto del bienio 78-80. Este fenómeno no deja de relacionarse con una hemorragia de lo real histórico, subsiguiente a una aceleración de la historia, que produce una pérdida de la memoria histórica (3) y desemboca en una anomia cultural, ésta denota a su vez una crisis de la conciencia nacional.

El golpe fallido del 23-F, a la par que provoca una ruptura en el enfoque político, consagra el fracaso simbólico de la transición («sin ruptura») hacia la democracia: expresa la vuelta de lo reprimido en el escenario social (el fantasma del ayer) y al mismo tiempo inaugura una nueva era. Con el 23-F triunfan los simulacros sobre la política real, provocando así una verdadera reversión del orden de lo real: el Tejerazo como modelo marca la agonía del referente político mediante el simulacro de golpe de Estado y sustituye al referente democrático el espantajo del golpe (es «el síndrome del 23-F» como dicen los mass media) Entramos en una nueva fase transicional: ya no se trata tanto de «construir» la democracia, como de apuntalarla, de defenderla contra un peligro de involución (véase al respecto el debate léxico-ideológico «democracia vigilada/vigilante»).



El comandante Pardo Zancada, el teniente coronel Tejero Molina y el capitán de navío Camilo Menéndez Vives en el Congreso, en la mañana del 24 de febrero, durante el intento de golpe de Estado.

I. El golpe como modelo semiótico

Modelo (diccionario de Greimas-Courtés): «En el sentido heredado de la tradición clásica, lo que puede servir de objeto de imitación... Simulacro construido que permite representar un conjunto de fenómenos.»

El 23-F inaugura una constelación de signos cuyo sentido y extensión aparecen a posteriori, lo que ratifica el acontecimiento como sistema significante. Esta red permite la constitución de un referente mitológico (un sistema «desencajado» —Roland Barthes) (4) que se sustituye al referente estrictamente político: Tejero como héroe, Tejero y su secuela de signos triviales —pintadas, chistes cuyo contenido machista es espeluznante (5), canciones, comics, mensajes desviados (billetes, sellos, etc.)... Esta localización del personaje como héroe está por otra parte, en ciernes en la escenificación misma del 23-F: Tejero es el

único que aparece tocado con tricorneo y pistola en mano, retrato arquetípico del guardia civil si los hay.

Pero esta trivialización semiótica del personaje no impide una politización en profundidad (tal vez la facilite dando al héroe una connotación «popular»). El tejerazo se impone como modelo de golpe, como golpe genérico, que apela una repetición. Repetición (¿para-política?) más o menos simulada (23 de mayo), frustrada (23 de junio), repeticiones «a posteriori» en las que el 23 se vuelve referente cronológico. Así es como *Diario 16* del 24 de junio, con motivo de la conspiración del 23 de junio, llega a «crear el acontecimiento» (6): para completar la serie de los 23, añade un «23 de marzo» (polémica participación militar en la lucha anti-ETA), un «23 de abril» (ley de reserva activa y reacción de *El Alcázar*)... El tejerazo llega a triunfar como invariable referencial en su vertiente tanto trivial como política, pero con matices muy peculiares: aunque se resuelva en el fra-

caso, el acontecimiento 23-F sobrepone el simulacro a la política: consagra un ersatz (un golpe fallido) como modelo y un héroe vencido como verdadero vencedor. Es la forma la que se ve aquí consagrada: la consagración del significante (el golpe de mano como práctica virtual), a la par que la degradación del significante parlamentario. De ahí la importancia de la ordenación formal del hecho y de su desenlace: los diputados se ven acallados (privados de habla, cuando ésta es su función esencial, en un lugar dedicado a la expresión oral; se les prohíbe igualmente escribir, esto es, dejar huellas del acontecer...). Este significante, a partir del momento en que está constituido el modelo, va a poder utilizarse incluso inyectándole significados diferentes, cuando no antagónicos (este es el sentido del 23 de mayo según la versión oficial: una «simulación»...).

En la medida en que fracasa, el golpe produce una reversión del orden de lo real: el fracaso (práctico) se

vuelve éxito (teórico), el culpable (específico) se vuelve héroe (genérico), los ejecutantes se vuelven víctimas... Es más, el fracaso mismo del héroe es el que va a permitir su éxito a nivel estratégico: algunos observadores presentarán el culto a Tejero como una manera de desviar la atención de los trasfondos políticos (las famosas «tramas civiles»...). ¿Cómo no pensar en la Vacuna, figura retórica que analizará Barthes en *Mitologías* y que consiste en inocular una dosis pequeña de mal para evitar una extensión del daño (el árbol que impide ver el bosque...)? Pero la gran victoria del tejerazo es consagrar a su héroe, no como mártir (esto es, como recuerdo), sino como héroe glorioso, operante («Tejero valiente»...). Lo que se exalta, más que el golpe de Estado en sí, es el desafío al orden constitucional, la burla a sus representantes. En ello estriba la popularización del mito, que implica un proceso de identificación de los más turbios en el que interviene la identificación política, ideológica (cuyo operador es el machismo) y la simbólica: lo que demuestra Tejero, es la fragilidad del orden institucional y también la impotencia de sus representantes, lo que no deja de conectar con un descontento generalizado frente a la «democracia» (véase índice de abstención).

El tejerazo anula el referente democrático como referente sincrético, aglutinante, fuente de consenso, y consuma la ruptura gobernantes-gobernados, confirmando al mismo tiempo la verticalidad del mensaje político: no habrá movilizaciones de masas la noche del golpe; habrá que esperar una orden de arriba para que la gente salga a la calle, el día 27... ¿Siguen existiendo «la base», y las masas, hoy día? (7)).

II. El orden de los simulacros

En el simulacro, lo político se vuelve hiperreal (Baudrillard), «precesión de los simulacros»: La realidad se vuelve su propia parodia, de tanto haber sido anticipada por los modelos de simulación. Es lo que ocurre con «los graves acontecimientos» de la noche del 23. Es como si el guión hubiera estado en la mente de todos, desde siempre. Incluso la escenificación del hecho ha sido preparada, repetida tantas veces (numerosos rumores de golpe en 1976-77, algunos confirmados posteriormente —véase *Le Monde Diplomatique* de abril 81, Operación Galaxia en 1978, intentona



Sale por la ventana de la oficina de prensa del Congreso un guardia civil que se encontraba en el interior.

fracasada y entonces desmentida, en enero de 1980...)— las simulaciones (reales e hiperreales, efectivas e imaginarias) han sido tantas que el hecho, cuando sucede, parece conocido de antemano («era de esperar...») a pesar del instintivo rechazo ante la barbarie («no puede ser... es increíble... no me lo puedo creer»). La precesión del modelo, una vez más, invalida la realidad del acontecer, su puntualidad. Lo que ocurre, aquí y ahora, en la realidad, ya se ha verificado:

—En la imaginación (en los proyectos, muy reales éstos, de los conspiradores: los de ahora, que son los mis-

mos que los de la Operación Galaxia, ... y los otros: ayer y ahora).

En lo «imaginario colectivo»; en el miedo social a la involución, al enfrentamiento civil, al golpe. Miedo latente que fue manifiestamente utilizado como amenaza, con fines claramente estratégicos en los primeros años de la Transición (recuérdese el eslogan de UCD en 1977: «El centro es la democracia porque impide el enfrentamiento y establece el diálogo»).

La realidad del golpe es pues, ante todo, discursiva: mediante un acto de habla (un eslogan electoral), posibilita (hace real) la victoria de un partido

que se basa en otra posibilidad (no realizada hasta el 23-F 81) la de un golpe, enfrentamiento o guerra civil.

Tratando de resumir se puede enumerar, en la articulación de los hechos, lo que define el 23-F como hiperrealidad y lo prefigura como modelo de simulación susceptible de ser, a su vez, imitado, repetido, resimulado:

- La precesión del modelo sobre el hecho mismo: el golpe del 23-F aparece como el resultado de una serie de ensayos; resultado que, en este caso, no da resultados. De ahí la necesidad, posterior, de una repetición (23 de mayo).

-La hipertrofia de los significantes (los «atributos» del golpista, los «signos externos» del golpe), que consagra la victoria de los signos de lo real (el simulacro) sobre lo real (la realización del golpe).

-La refracción semiótica en la que lo real se ve reducido a no ser más

que su propia escenificación: «El medio es el mensaje.» Y el medio, es aquí la radio, «la gran heroína de la noche».

-La reversión del orden de lo real: en el simulacro, lo imaginario (rivalizar con lo real) se vuelve posible. Aquí la realidad de lo imaginario (la previsión del golpe) es negada por el discurso oficial que quiere minimizar los hechos y las consecuencias previsibles.

En cuanto a la «mass mediación» del acontecimiento, asistimos a un curioso proceso de auto-generación: el acontecimiento, en su desenvolvimiento («le film de l'événement») se produce por sí solo, independientemente de toda instancia narrativa: las cámaras de televisión siguen conectadas y retransmiten automáticamente la toma del Congreso. ¿Cómo no establecer una homología entre esta anulación de la función narrativa y la privación de palabra de que son ob-

jeto los diputados secuestrados, y nuestra condición de espectadores pasivos. Esto nos lleva a preguntarnos sobre la instancia de enunciación en el discurso más mediático, lo que Jesús Requena resumía así por lo que respecta al 23-F: «Nos encontramos con un texto definido por una ausencia absoluta de sujeto de la enunciación, explícito o implícito. Y esto, en lugar de conducirnos a un absoluto realismo nos conduce, paradójicamente, a unas imágenes plenamente oníricas, espacio de proyección de nuestros fantasmas paranoides. Y así, en ausencia del sujeto de la enunciación, al encontrarnos ante la representación de un instante congelado de un relato que nos es denegado, se produce un brutal vacío de sentido, el texto se nos presenta como un objeto esencialmente irreductible. Al que, sin embargo, necesitamos, compulsivamente, llenar de sentido.» (Contra-campo n.º 20 - marzo 1981).

Salida de los diputados, tras finalizar el asalto al Congreso.



Al enunciarse por sí solo el acontecimiento nos remite a nuestra excentricidad cara al proceso comunicativo, a nuestra propia impotencia de receptores de mensajes cuyo enunciador es evanescente. Una vez más se impone la fuerza del medio, el medio se impone mediante la fuerza. Paralelamente a este vacío enunciativo, se produce un vacío informativo en torno a la amplitud de la rebelión militar sin contar con la estrategia oficial de desdramatización que, paradójicamente, apuntala Tejero cuando dice tanto al entrar como al salir que «aquí no pasa nada...»

¿Y sí, como ocurrió (de acuerdo con la visión oficial) el 23 de mayo, todo no fuera más que una simulación? ¿y si lo real no fuera más que un simulacro, y anulara así la política? Como escribía hace poco Baudrillard:

«Nos vemos aquejados de leucemia política, y esta indiferencia creciente (estamos atravesados por el poder sin que éste nos alcance, atravesamos el poder sin alcanzarlo tampoco) es del todo parecida a la patología más moderna: ya no la agresión biológica objetiva sino la incapacidad creciente del organismo para fabricar sus anticuerpos (o incluso, como en la esclerosis por placas, la imposibilidad para los anticuerpos de volverse en contra del propio organismo». Liberation del 30/9/81.

III. Política - Ficción y ficción de la política

Hemos hablado de «discurso performativo» a propósito del 23-F, aludiendo al papel de la radio en la construcción y divulgación de la noticia: al dar una realidad social al acontecimiento (al hacerlo «existir»), los medios de comunicación son productores, y no simplemente reproductores, de realidad con el «agravante», en el caso del 23 de mayo, de que pueden contribuir a establecer (o reforzar, es según las versiones) el carácter ficticio de una noticia, entrando así en el orden de los simulacros: los medios como operadores míticos, como reforzadores de la «comunicación de masas»...

Se establece así una red de signos que funciona a dos niveles: Sincrónicamente esta red convoca el intertexto cultural (el código teatral para el 23-F la Mimesis para el 23 de mayo, el discurso futbolístico en cuanto a la retransmisión de José María García). También interfieren mensajes colindantes como en la televisión los pati-

nadores, los animales de la selva y las ocurrencias de Bob Hope que vienen a perturbar la lectura del acontecimiento, o en radio Intercontinental, la inconfundible voz de «Elena Francis» que a las siete y media en punto vierte imperturbable su sarta de consejos y recomendaciones doméstico-sentimentales... Pero la red de signos se constituye también diacrónicamente y permite una lectura histórica de la secuencia 23-F dentro de una unidad más amplia («la serie de los 23»). Si la descodificación sincrónica permite pasar de lo singular a lo colectivo (del acontecimiento a su inserción en la cultura-mosaico), la lectura diacrónica subsume lo específico en genérico: confirma el golpe como figura genérica, posible de reproducción indefinida. ¿Derelicción del medio? ¿predominio del medio sobre los fines? Coincidiendo con el aniversario del 23-F, la conspiración del 23 de junio instaura un nuevo referente: «la trama negra», con sus diferentes significantes, singulares y plurales («las tramas civiles», «la trama golpista»...)

Pero a los simulacros (el golpe fallido del 23-F) suceden las contra simulaciones: es la escalada de los simulacros. En el 23-F, la escenificación del golpe se vuelve contra sus propios autores: lo que tenía que ser un factor decisivo a introducir la acción en el guión (la llegada de la «autoridad competente») se torna espera indefinida, la media hora de plazo se transforma grotescamente en 18 largas horas de inmovilismo... El 23 de mayo, los propios protagonistas se hacen protagonistas del simulacro y el discurso oficial se ve abocado a construir y destruir sucesivamente el acontecimiento (8). Retrospectivamente uno puede preguntarse legítimamente dónde se encuentra la «verdadera simulación: en la segunda versión ofrecida por un ex (?) confidente o en la (s) versión (es) —divergentes para más iri— dadas respectivamente por el gobierno y la Policía? Por fin las órdenes de arresto preconizadas por el gobierno después del 23 de junio aparecen como una estrategia de disuasión con vistas a impedir un golpe (final) el 18 de julio de 1981. ¿Corresponde esta última estrategia a un análisis real de la situación (el gobierno tiene indicios concretos que apuntan hacia una conspiración determinada), o se trata también de una contra-simulación, para atajar «cualquier» nueva intentona?

Una vez más, entre unos medios de comunicación que constituyen el acontecimiento a través de una puesta en escena (el golpe como representa-

ción mediatizada), y un discurso oficial que construye y destruye versiones, monta y desmonta interpretaciones, el ciudadano de a pie se ve confrontado a su propia incapacidad para analizar una realidad que por otra parte carece de consistencia real y donde, como apuntaba gráficamente (!) Peridis en *El País* del 28 de junio, «los puntos negros se conectan entre sí para formar las tramas negras...»

IV. El fin de lo político o la crisis de lo real:

Con el golpe (¿de mano, de Estado?) del 23 de mayo entramos de llano en la era del simulacro. Precesión del modelo sobre lo real mismo: antes de haberse cumplido, el acontecimiento ya está interpretado; antes de haberse definido, el objeto tiene una función: se verá politizado o «militarizado»... Tiene de antemano un sentido, incluso como simulacro, en relación con su modelo, el 23-F, del que toma prestado el significante, aun cuando, posteriormente se le niega implicaciones ultras. El modelo se ha impuesto por anticipación: es la victoria del código sobre lo referencial, en la que culmina la confusión de lo real y de su modelo.

«El espacio de la simulación, escribe Baudrillard, es el de la confusión de lo real con el modelo. Ya no hay distancia, relación crítica y especulativa entre lo real y lo racional. Ni siquiera hay exactamente proyección del modelo en lo real, sino transformación sobre la marcha, aquí y ahora, de lo real en modelo. Corto-circuito fantástico: lo real ya no está ni realizado ni idealizado, sino hiperrealizado.»

Lo real que cae así en la trampa de su propia escenificación, entra en crisis: el discurso oficial, que constituye su baluarte institucional, se desmorona en cuanto ya no garantiza su credibilidad; se vuelve agente de lo real y de su simulacro (es él quien construye y destruye las visiones del acontecimiento). Si hay crisis de lo real (y de lo real político en particular), es desde luego en la España de la Transición en la que, por doquier, se despliegan el redoblamiento de lo real, el discurso especular como marcador de la identidad social, el simulacro como modelo, la impotencia para levantar una realidad frente a la hipertrofia de los signos de lo real: primero la ostentación de los signos del Cambio, luego los del desencanto,



Últimos momentos del asalto al Banco Central de Barcelona.

hoy los de la crisis y de la involución. ¿Se vive, pues, en un estado de perpetua vacuna semiótica? ¿los signos de lo real permiten conjurar lo real? Por donde quiera que se mire, surgen signos de golpe, que mezclan rumores y fuentes de toda solvencia, sin que éste nunca se produzca «realmente». Por todas partes se habla del golpe (se habla el lenguaje del golpe) y nada. ¿Se ha alcanzado el umbral de la disuasión? ¿del conjuro simbólico, en el que nombrar (proclamar el significante) equivale a exorcizar los significados? ¿lo «verosímil» político (la credibilidad de este relato ficticio) se puede salvar de este desastre? Ya no hay instancias, hoy no caben «sujetos» hablantes posibles, en el texto político. ¿Quién informa, quién intoxica? ¿qué es la derecha en relación con el centro, dónde está la oposición? ¿dónde los jueces y las víctimas? ¿cabe todavía ambigüedad o todo está muy claro? o hay que concluir con Baudrillard, que hemos pasado de los signos que disimulan algo a los signos que disimulan la nada: «los segundos inauguran la era de los simulacros y de la simulación en la que ya no hay

un dios que reconozca a los suyos, ni juicio Final que separe lo falso de lo verdadero, lo real de su resurrección artificial, pues todo ha muerto y ha resucitado de antemano.» ■ G.I.

NOTAS

(1) Para más detalle remito a nuestro libro: «Los discursos de la calle. Semiología de una campaña electoral». Ruedo Ibérico - Barcelona (1978) y al dossier «El nuevo discurso político», publicado en «Cuadernos de Ruedo Ibérico», número 61-62 -enero-abril (1979).

(2) Esto se ve acompañado de interferencias entre los diferentes léxicos: v. g. Carrillo que declara a *Le Monde* en marzo del 81 que «autonomías sí, que se desmonte a España no», o Blas Piñar que acusa a la Policía de torturar a miembros de Fuerza Nueva en mayo del 81...

(3) «Para evitar la ruptura democrática y sustituirla por la autorreforma del franquismo se les practicó a los españoles la ablación de la memoria histórica, lo que produjo en ellos efectos análogos a los que la lesión de los lóbulos frontales, sede de la capacidad rememorativa, produce en los primates: pérdida de las barreras defensivas, invalidación de las pautas innatas de comportamiento, ruptura de la propia estructura de la personalidad, engendradoras, todas ellas, de incertidumbre, peligrosidad, confusión y desgan.» José Vidal-Beneyto: «La victoria que no cesa». (*El País* del 14-12-80).

(4) La operación mítica consiste en retener de un sistema primario (la intencional real) su

significante puro, su aspecto puramente formal, para construir un nuevo signo al que no se le inculca un nuevo significado (véase R. Barthes: «El mito hoy», en *Mitología*).

(5) Los «chistes de Tejero» producen una verdadera inversión de signos: el chiste pierde el valor crítico de contra-lenguaje (lenguaje surgido de la represión) que tenía durante el franquismo para convertirse en glosa de la realidad con visos de romancero histórico en loor del héroe del día.

(6) Como escribe Eliseo Verón en «Construiré l'événement»: «Les événements sociaux ne son pas des objets qui se trouveraient tous fait quelque part dans la réalité et dont les médias nous feraient connaître les propriétés et les avatars après coup avec plus ou moins de fidélité. Ils n'existent, que dans la mesure où ces médias les façonnent; les médias informatifs sont le lieu où les sociétés industrielles produisent notre réel.»

(7) Remito a lo que escribe Baudrillard al respecto en «A la sombra de las mayorías silenciosas»: la inercia como nuevo lenguaje, el repliegue sobre lo privado como «desafío directo a lo político».

(8) El mecanismo es bastante complejo; podemos distinguir cuatro grados de simulación: la primera simulación está constituida por el significante utilizado por el comando, el ataque con sus connotaciones mass mediáticas. La segunda corresponde a la versión oficial: «anarquistas, chotizos y macarras...» -el tercer grado de simulación estriba en los relatos y contra-relatos periodísticos-. Por fin el desenlace y las explicaciones a posteriori consagran la victoria de lo hiperreal sobre lo real, a la par que preconizan una nueva lectura: la realidad del acontecimiento (la versión real de los hechos), ¡es la simulación!